

HISTORIA DE LAS INJUSTICIAS EN LA HUMANIDAD

Álvaro Ollero de Sevilla era un historiador prestigioso, además hacía honor a su apellido y también hacía cerámica, aunque no hacía ollas, una editorial le hizo un encargo algo embarazoso, que consistía en hablar de la Historia de las injusticias en la Humanidad. Pronto recordó las historias de algún que otro ceramista musulmán y judío que en 1492 fueron expulsados, anteriormente Averroes sufrió la quema de sus libros y fue condenado al exilio, huyendo los musulmanes al norte de África y los judíos a Turquía. Un drama que se repitió con la expulsión de los moriscos en 1610, algunos eran virtuosos del reflejo metálico y la cerámica que se aplicaba en torres como la de Utebo en Aragón, curiosamente el Duque de Osuna llevo a algunos hasta el barco para que no les hicieran ningún daño. El poder no admite que nadie cuestione sus dogmas y los que se atreven sufren las consecuencias, tal como veía Ollero de Sevilla al recopilar información histórica, pero bastaba con recordar los atropellos sufridos por Galileo Galilei o Giordano Bruno, lo de “E pur si muove” de Galileo casi le cuesta la vida, Bernard Palissy sufrió cárcel en la Bastilla y por ser protestante, sufrió en la noche de San Bartolomé. Otras veces la presión viene del engaño como le paso al joven Johann Sebastian Bach cuando Van Hude le quería hacer firmar un contrato para un buen puesto de músico, pero había una clausula que le obligaba a casarse con su poco agraciada hija.

Otra víctima de la incomprensión fue el virtuosos del violín Niccoló Paganini a quien se acusaba de tratos con el diablo por su habilidad tocando el violín, la Iglesia tardó 50 años en dar el permiso para poder enterrarlo en un cementerio católico.

Lo de “Lupus est homo homini” de Plinio el Viejo parece claro que el hombre es un lobo para sí mismo, ya que en todas las culturas, regímenes políticos, religiones o tiempos históricos se dan injusticias. Basta recordar la paliza que dieron los fascistas italianos a Arturo Toscanini en pleno esplendor del poder de Mussolini, gracias a que Ottorino Respighi le salvó la vida enfrentándose a los matones. Mientras en democracias consolidadas como la americana se daban situaciones dramáticas por la confrontación entre Biblia y Darwin, tal como veíamos en la película “Inherit the wind” (Heredarás el viento) de 1960 de Staley Kramer y Spencer Tracy. El tristemente célebre senador McCarthy hizo la vida imposible a Dalton Trumbo, entre otros, en Hollywood, por no hablar del sufrimiento del compositor Aaron Copland. El bombardeo de Pearl Harbour fue horroroso en todos los sentidos, pero habrá que pensar en el sufrimiento de Toshiko Takaezu que vivía en Hawai en esos tiempos y era de ascendencia japonesa. Isamu Noguchi es otra historia singular, su madre era americana y su padre japonés, se presentó voluntario a los campos de concentración donde internaban a los americanos que habían nacido en este país, pero eran de origen japonés, no se hizo lo mismo con los descendientes de italianos o alemanes, algunos americanos fueron objetores de conciencia como Daniel Rhodes y Paul Soldner, entre otros muchos. Los casos más sonados son los de los alemanes o austriacos de ascendencia judía como Hans Coper o Lucie Rie, el padre de Coper perdió todos sus negocios y se suicidó, algunos miembros de su familia acabaron en campos de concentración, Lucie Rie por su parte en Austria vio como el ayudante que le cargaba el horno apareció con la esvástica cosida en la manga de la chaqueta un buen día, ambos sobrevivieron, pero pasaron muchas penalidades en Inglaterra, Coper vio como para los alemanes era un judío que había que matar y para los ingleses era un alemán que había que enviar a un campo de prisioneros, otros caso como los de Eva Zeisel, Walter Benjamin, Georges Jeanclos o Marguerite Wildenhain son dignos de estudio. Otros como el ceramista australiano Peter Rushforth fue prisionero de guerra en lo que inspiró la película “El puente sobre el río Kwai”, su posterior amigo Shigeo Shiga estaba en el ejército japonés, lo mismo se puede decir de la relación de Shoji Hamada y Bernard Leach durante la guerra. La libertad creadora y el despotismo del poder político tiene como ejemplo a Dmitri Shostakóvich que esperaba en la puerta de su apartamento para cuando vinieran a detenerlo no se llevaran a su familia, todo por una carta de Stalin criticando su música como “cosmopolita”, igual de ridículo de cuando Hitler quiso componer sin saber nada de música. Otros compositores como Sergei Prokofiev también sufrieron mucho, igual que Bela Bartok que huyo a Inglaterra, se apunto a la aviación checa y cuando volvió a su país que ya era comunista y sospechaban de los que venían de fuera. En la pintura y la escultura no se aprovecho del talento de Malevich y Suetin y los tuvieron enredados en la “Ceramica Revolucionaria”. Durante el asedio de Stalingrado muchos músicos se fumaban el papel de las partituras, por no hablar de toda la información perdida como formulas de esmaltes, bocetos, planos de edificios, composiciones musicales y muchas cosas más. Años después en la Unión Soviética Nikita Jruschov calificaba la escultura de Ernst Neizvestni como “pederastia en el arte” y eso que se había acabado el estalinismo. Mientras en el maoismo no se quedaban atrás Harry Wu (Wu Hongda) revelo al mundo los horrores de los centros para la reeducación en China, con torturas, palizas y trabajos forzados, algunos acababan en estos campos del horror por leer a Balzac o tener gafas, igual suerte corrían los que estaban en Camboya durante la dictadura de Pol Pot.

Alberto Ginastera perdió su puesto de director del Conservatorio de Buenos Aires porque se negó a cambiar el nombre del centro de la música argentina para ponerle el nombre de Eva Perón, acabó en el exilio. Pronto Álvaro Ollero de Sevilla se dio cuenta que ni siquiera había hablado de la Guerra Civil en España y sus tristes consecuencias posteriores sobre los intelectuales de todo tipo que fueron asesinados, torturados, exiliados o aislados, pero decidió consultarlo con la editorial que le había hecho el encargo y que una vez leído el texto le dieran instrucciones, simplemente le dijeron que era muy deprimente y no lo publicarían, lo que produjo una injusticia más.